



**REVISTA**  
 del  
**Centro de Lectura**  
 PERIÓDICO QUINCENAL

**SUMARIO**

*Algo sobre Cervantes*, por Alfonso Maseras.—*Bibliografía*, por P. C.—*En defensa de una tesis*, por Mario Antonio.—*Dos capullos* (poesía), por Francisco Gras y Elías.—*Nane*, por M. S.—**MISCELÁNEA.**

**ALGO SOBRE CERVANTES**

## ESTUDIO CRÍTICO-PSICOLÓGICO

Leído por su traductor del catalán don Ensebio Roca, en el «Centro Popular de Instrucción» de Barcelona la noche del 23 de Abril de 1903, fecha del aniversario de la muerte del príncipe de los ingenios castellanos.

## I

Los grandes silencios son siempre presagio de revelaciones grandes. Quizás por eso, el claustro ha sido cuna de ciencias y de artes, quizás por eso, como sucesión lógica, tienen las cosas humanas algo de las ultra-humanas, queremos decir, que así como después del letargo lánguido y silencioso de la noche, nos corona la frente de claridades el nuevo sol, así, después de un sueño,—sueño germinador—de siglos, que se nos presentan como luces apagadas, en todo tiempo y en todo lugar, surge, en las grandes manifestaciones del espíritu, la antorcha perenne del genio, como guía agrupador y baluarte inmóvil de las luchas proféticas del entendimiento humano,

Así, cuando semeja que se inicia un período cualquiera de decadencia, cuando todo parece sumergirse en un ocaso desconsolador, como si se derrumbara todo el edificio intelectual de un pueblo, se cimienta en el silencio el sostén de este edificio.

Cervantes es como maestro que aparece en el fir-

mamento de la literatura nacional para no apagarse nunca. Fuera de Fray Luís de León, la poética estrella mística que se eleva al cielo envuelta de perfumes clásicos, y de Fray Luís de Granada, que recto y grave, de una gravedad amorosa que nos prodiga miel y malvasía, fuera de estos dos genios místicos, que aún no ahondando las profundidades del corazón y sí perforando con sus melódicos perfumes las del espíritu, se elevaban en el monumento literario español para no derrumbarse nunca, nadie, en la lengua castellana había hecho brotar esa manifestación estética á la que llamamos literatura.

Si los dos ángeles místicos de que he hablado elevaron en alas de incienso al Dios de Abraham, quién ha elevado en alas de lo excelso al hombre, al ente reptílico que se baña en el lodo de la tierra?

Quién como Cervantes, viene á elevarnos las cosas profanas, los espíritus mundanales, y se agita en medio de lo vulgar para sublimizarlo, pero de un sublime analizador, que hace de él, además del removedor de una sociedad, además del condensador de un espíritu, de un carácter, de una manifestación social, el profundo psicólogo que esplana las diversas fases del corazón humano para mostrarlas claras y evidentes á los ojos del mundo?

Hemos hablado del silencio. Antes de Cervantes, la literatura era casi nula. No solo necesitaba de una obra impertérrita, sino de un monumento en el que se encerrara todo el espíritu, todo el enramaje de la lengua. Y cada lengua se sintetiza casi siempre en una grande obra, frecuentemente la primera en

aparecer, y la primera en condición á su mérito. Este es el producto del silencio; ejemplo tenemos en Homero, en Dante, en Verdaguier, para citar solo hombres, cuando menos de nombre, de todos conocidos.

La lengua lleva el espíritu de la raza, y la íntima y armoniosa sonoridad del carácter de cada pueblo, y cada obra, cada una de estas obras monumentales que son el código psíquico de los pueblos, encierra casi siempre el alma de los mismos de una manera, por decirlo así, indígena, propia, sin influencias exóticas ni virtualidades ajenas. Allá se presenta, ruda casi siempre, como emanada de un recóndito país primitivo, sencilla, pero elocuentemente grande. El espíritu de la obra primorosa de Cervantes no podía hilvanarse mejor que con la lengua castellana; aquello es la esencia destilada en música de palabras; aquello es una lengua convertida en un alma.

Y para descartar de aquella red monumental, las fluides espirituales que contiene, para desligar conceptos y analizar argumentos, quién tiene bastante conocimiento de causa para ello?

Las obras de genio son casi siempre inconscientes: explicarémoslos. Queremos decir, que su autor no sabe, genialmente, lo que se hace. Estas obras nacen por necesidad; casi nunca, la voluntad racional, hace hilvanarlas; si participan, mejor dicho, si emanan de una voluntad firme, inquebrantable, y humanamente grande, tiene, esta voluntad inconciencias geniales. Es como el ruiseñor que canta, sin conciencia de su canto, aunque sabe que canta, y á desplegar aquellas notas pone su voluntad, por ser irracional, relativa.

Y estas obras, surgen por una necesidad individual y al mismo tiempo colectiva; emanan naturalmente del pueblo para salir perfiladas y elaboradas de la mente de un preferido.

Siempre, en todas las batallas, la necesidad de la lucha exige un jefe.

Así, todo el espíritu castellano tenía necesidad de un gran cerebro que le sintetizase, que fuese el baluarte de sus batallas, el jefe de la pléyade desbaratada de sus comandas. Necesitaba de un guía tanto para alumbrarse él mismo, como para esparcir pródigamente su influjo, que su condición de bien nacido no le permitía ser egoísta.

Vendremos, así, á afirmar, que Cervantes era el genio producto de su pueblo, hemos de afirmar también que era el producto de su época, ó mejormente, la consecuencia de su época.

Comprendía Cervantes todo el valor, el valor íntegro de lo que en sí mismo se desarrollaba? Para nosotros obraba cual los profetas, como por revelación sobre natural, como por influjo divino; era instrumento de la sociedad, y la sociedad, en su multi-

tud, en su poder, en su masa enorme, es siempre inconsciente.

Y quién, preguntamos, se atreverá, para analizarla, á deshojar esa flor sin mácula grabada en la frente del espíritu castellano? Si toda es esencia, si es propia causa, si existe por sí misma, si es indestructible, inquebrantable, indivisiblemente una, quién, decimos, analizará lo arcano?

Esta multitud de perfumes que se desprenden de su interior, nosotros solo vamos á saborearlos; ósamos cubrir nuestras almas con sus alas inmensas, nos atrevemos á manosear ese conjunto insondable, pero es solo para embriagarnos.

Librémonos de profanar tan alta cosa; librémonos de querer sondear tan inasequibles senderos; seamos contemplativos; abramos los ojos del espíritu, que la luz absorbida nos purificará gozosamente.

Y si, en algo, incurriéramos en el error, ello sea perdonado, que solo nos impele á tal osadía la veneración más pura de lo bello; hagamos constar antes, que si nos encontramos hoy en la tarea laberíntica de escribir algo sobre Cervantes, nuestra no es la culpa; algo como un deber nos ha impelido á ello, y si alguna gracia pedimos, es la de que no se nos culpe por atrevimiento de tan alta indole.

## II

Es Cervantes, hemos dicho, el producto ó consecuencia de su época, pero no produjo solo para ella; en eso es en lo que hemos conocido que fué genial; diremos que es héroe un hombre cuando salta barreras para persistir en la lucha, cuando expone su ser en pró de una causa, elevándose por encima de todo obstáculo; pues bien, diremos así que la literatura heroica, es la que triunfa sobre las demás, imponiéndose, cerniéndose por encima de todo, borrando los siglos con su presencia; así es, que Cervantes vive con sus obras no solo la época transitoria de su aparición maravillosa, sino que vive con nosotros, en nuestras almas, como espíritu perenne y errante que guiará á todas las inteligencias en su camino. Vive con nosotros, y le vemos tan al lado nuestro, que nos parece oír la melodía de sus palabras, la rectitud de su acento, la inmovilidad seriosa de su risa, que eterna y cautiva nos hace leer en lo más hondo del corazón humano.

Cuando nos trae la memoria los nombres mágicos de los antiguos, cuando nos recuenta una y mil veces las leyendas helénicas, cuando repasamos panorámicamente la historia celeste de las remotas epopeyas, sus héroes, sus dioses y sus autores se nos representan en la fantasía como estatuas inmóviles, como piedras que reproducen al mundo un eterno momento de su vida; cuando viven en la mente nuestra los encantamientos medioevales, cuando recordamos las leyendas nigrománticas de la caballería

dad naciente, cuando allá vemos entre nubes de siglos las tierras doradas y las cavernas pavorosas, llenas de apariciones gigantescas, de misterios incoloros, de ráfagas miedosas, de aventuras infernales, entremezclado todo con palacios de oro donde pléyades de princesas guardan el tesoro de su castidad, no viven con nosotros sus autores, no palpitan á nuestro lado corazones que con tales cosas palpitaran, y estos héroes, estos gigantes, estos romeos infatigables se nos representan como fantasmas.

Sólo, de la inmensa multitud de inmortales, ignorados y revelados, ocultos y evidentes, sólo dos tienen vida con nosotros, aman y lloran con nosotros, y luchan, ruegan, siguen y revolotean con todo y para todo aquello que en nuestra esencia vive. Parece que les vemos con su propia carne, parece que los contemplamos en la frente y en los ojos; se llaman Shakespeare y Cervantes.

Trazar un paralelo entre estas dos figuras es un absurdo; aunque es cierto que fueron contemporáneos se desarrollaron en círculos marcadamente diferenciados y no se influyeron para nada; verdad es que ninguno necesitaba del otro; huyamos de comparaciones que alguien se atrevería á hacer; uno es único, es una unidad, y las unidades son siempre diferentes.

El nombre del gran dramaturgo británico hémoslo escrito solo por fórmula.

Quisiéramos traer aquí una imágen real de esta representación de Cervantes que con nosotros vive, pero no la hallamos tan gráfica como sería menester; tenemos conciencia de ella pero no sabremos describirla: es algo que vive con nosotros mismos y por eso sabemos que vive también; afirmemos, además, que no nos importa cómo vive, con lo primero basta.

Y desfilan con él, ante nuestra mente todas las vicisitudes de su época, pero no de una manera leve y oculta, sino que se nos revelan con fulgores de epopeya; tienen para nosotros un carácter propio, interesante, como si fueran cuestiones del día; lejos de admirarnos fugaz y lucientemente, viven también con nosotros y al interesarnos, nos hacen discurrir con fulgores de luces no extinguidas.

El espíritu castellano, palpitante aún con todo el esplendor adquirido, sería nuestro mejor posesionamiento para hacernos cabal de lo que tratamos: si enmoldáramos en nuestro trato íntimo y familiar las concepciones propias en la castellana lengua, é impregnados de su sabor, para nosotros forzosamente exótico, viviéramos en el espíritu hidalgo y señorial de la consecuentemente noble Castilla, si no mascáramos esa lengua para nosotros tan dulce, nacida de la espuma mediterránea y de las brisas pirenaicas, á no habernos criado en la gótica Cataluña, y á haber vivido entre los descendientes del Cid, segurísimos

estamos, que nuestra comprensión, nuestro entendimiento y nuestra alma toda habríase infundido, entremezclado é inundado cien veces más del espíritu de las obras de Cervantes y de su época.

Pero, no sabemos si por desgracia, nuestra imaginación háse avezado á saltar barreras y á confundir nacionalidades, bebiendo, por así decirlo, la miel propia y agena del espíritu universal: que para algo habrá hecho Dios los límites terrenales sondeables, que de otra suerte, habría criado á los hombres más egoístas de lo que parecen.

**Alfonso Maseras.**

(Continuará)

(Traducción de Eusebio Roca)

### Bibliografía

DE MI JARDÍN—*Volüm de poesías de D. S. Albert*

Coneixíam al Sr. Albert com á prosista catalá, y per xó ens ha sorprés lo volüm de poesías que'ns ocupa, lo qual va dedicat á la memoria del malaguanyat reusenç, lo notable pintor D. Baldomer Galofre.

Las poesías del Sr. Albert son forsa originals y notables; tenen forma y fons, quinas qualitats rarament se veuhen agermadas; tenen un no sé qué que recordan las poesías d'en Bartrina.

Agrada en extrém trobar un autor com lo que'ns ocupa, després d'haver llegit tants y tants versos buyts, sense fons ni ánima, com se publican en llibres y revistas.

Totas las poesías del llibre son per nosaltres igualment hermosas; en totas ellas s'hi veu al artista y al home; al poeta inspirat y al observador sincer.

Ens manca espay pera fer una crítica séria del llibre «De mi jardín», y per lo tant ens concretarém copiant una de las poesías que conté, escullida al etzar.

#### *Pasionarias*

XI

*Es tu labio una flor que se marchita;  
tus ojos son dos soles que se apagan;  
tu cabeza, un abismo de misterios;  
tu hermoso cuerpo, el ataúd de un alma.*

P. C.

### EN DEFENSA DE UNA TESIS

La REVISTA DEL CENTRO DE LECTURA, en dos de sus últimos números, ha insertado dos artículos míos que tendían á demostrar lo pernicioso y absurdo que es la censura cuando se aplica á hacer la policía del pensamiento. Un caso práctico me hizo ver, no mucho después de haber escrito los mencionados artículos, que, al escribirlos, lejos de haber hecho una simple obra de imaginación, me había atendido á la realidad, aunque quedándome corto en mis conclu-